

Discurso del M. I. Señor Rector al Inaugurar
la Sesión Solemne del 18 de diciembre
en el Colegio Mayor del Rosario

Como en devota peregrinación os ha traído a este breve recinto, el más noble sentimiento de fidelidad a la memoria impercedera de Monseñor Rafael María Carrasquilla. A la ingente muchedumbre de sus fervientes admiradores, a la pléyade ilustre de sus discípulos, habría sido menester ofrecerles un vastísimo espacio que pudiera congregarlos a todos, pero, ¿y cómo podrían separarse en día como éste, la majestad ya legendaria del Maestro y el sitio afortunado donde, por espacio de treinta y nueve años llevó a las mentes y a los corazones la lumbre serena de su sabiduría y el apacible y renovador afecto de su ánimo? ¿Cómo no escoger para esta evocación triunfadora del tiempo, este claustro donde cada piedra guarda el eco de su voz y donde cada perspectiva se hace marco para encuadrar la majestad de su figura y el manso imperio de su semblante? Otros lugares habrá de superior vastedad y de apariencias más fastuosas, pero ninguno de ellos (como no sean los templos venerandos) puede ufanarse de estar compenetrados por la actividad cotidiana de Monseñor o de conservar la inolvidable resonancia de sus lecciones y discursos. Ningún otro sitio guarda incólume la presencia amada, ningún otro responde a este íntimo anhelo de situarla precisamente en el medio y en el ambiente que le son propios; y estoy seguro de que cuando tratamos de hacerlo revivir en el mágico espejo del recuerdo, siempre lo hallamos emulando en señorial firmeza lo enhiesto de las arcaicas columnatas, o dialogando con los claros varones que aquí, desde esos lienzos revejidos, están acompañándonos como mensajeros de Dios y de la Historia, o atento a inacabable coloquio con el señor Fray Cristóbal de Torres que le murmura secretos de otros tiempos en el bronce y secretos del cielo en el sepulcro.

Pero reparad, os ruego, en esta otra razón que nos obliga a hacer de este Claustro la sede forzosa de la presente conmemoración cen-

tenaria. ¿Cuál de vosotros ignora el nombre de *La Bordadita*? Sílabas familiares que Monseñor deslizaba en vuestros oídos cuando dejabais el Colegio; dulce vocablo cuya simplificación debía acompañarnos como viático en las jornadas de la vida y como supremo recurso ante las puertas eternas, nombre humilde que tantas veces le oísteis invocar entre el raudal caudaloso que fluía de sus labios en la fiesta patronal. . . No, no es posible que el homenaje secular a Monseñor se descoja y realice lejos de esa capilla donde asiste, trescientos años hace, la imagen de *La Bordadita* que, invocada por él, tuvo influjo tal vez decisivo, en sus alumnos y discípulos.

Sabeis asimismo del fervor con que el Maestro trataba las hazañas, ejemplos y martirios de los próceres de la república, y aquí están muchos de ellos, silenciosos e impalpables, devolviéndole hoy a Monseñor con una presencia moral, la gloria que él les tributó con sus palabras encendidas. A otro lugar, distinto de éste donde algunos están sepultados, donde otros se previnieron para una fúnebre partida, y donde otros ofrecieron a Dios la vigilia postrera, a otro lugar —digo— no emigran estas sombras tutelares, porque esas preesas de la patria están arraigadas para siempre en el Colegio del Rosario.

El sitio en que estamos dice y proclama, mejor que cualquier otra palabra, que entre los múltiples títulos que competen a Monseñor Rafael María Carrasquilla, el de *Maestro* es principalísimo y dominante.

Muchos sentidos puede tener el nombre de maestro y todos ellos son nobles; todos sugieren una participación en la potencia creadora; ninguno hay que, por ocultos caminos no quede emparentado con el atributo príncipe que señaladamente quiso manifestar el que por ser "Luz del mundo" pudo reclamar para sí el título de único *Maestro*. A Dios se lo debemos porque así lo exige su perfección infinita; a los hombres se lo damos para expresar una participación de aquella plenitud absoluta y soberana.

A Monseñor Carrasquilla lo denominamos "Maestro" porque con obras excelentes y con influencia gobernadora ha merecido el lauro y galardón de la superioridad que no se impone por la fuerza, sino que es reconocida y acatada por cierta manera de justicia espontánea. Le decimos "Maestro", y este nombre vale entonces como una voz de aclamación, como un panegírico habitual que se condensa en tres sílabas gravemente sonoras. De ellas surge un título que, a diferencia

de otros que suelen barajarse en la feria de las vanidades humanas, no se sostiene ni se afirma sino cuando abundan y permanecen las obras que lo justifican: es un nombre luminoso que transfigura la faz del que supo obedecer la vocación sagrada de los dispensadores de sabiduría, es un anticipo de inmortalidad, como la llama ondeante que surtió de los cabellos de Ascanio fue una advertencia de su genealogía celeste y una profecía de sus destinos inmortales.

Así, cuando veneramos a Monseñor Carrasquilla como Maestro le reconocemos preeminencia entre aquellos varones de singular prestancia que supieron redimirse de las inevitables limitaciones de la mortalidad, a precio de un conato insomne hacia las altas cimas donde resplandece lo perfecto. Partieron ellos de las planicies comunes en que lo indiferente y lo mediano tienen su asiento, y otro día fueron vistos irguiéndose sobre las altas estribaciones de la montaña que para unos es arte, para otros poesía, para éstos ciencia, para aquéllos santidad, y todo esto junto para tal cual elegido. Todos anhelaban con un perenne *Excelsior* en los labios; perdíalos a veces de los ojos o de la adecuada comprensión la multitud de abajo, y cuando otra vez aparecían, mirábalos más y más empinados, y comprendía que en el espacio de ese eclipse habían logrado aventajar y enriquecer al mundo con una nueva refulgencia de estilo y expresión, con una no soñada música de inteligencia, con una insólita y fecunda aplicación de los viejos principios, con una palabra o idea, método o sistema, virtud o ritmo que ensanchaban los términos de la armonía humana; armonía más recóndita y más opulenta que la consonancia de las esferas en que se deleitaban los oídos helénicos. Maestro peritísimo en la invención de estas armonías fue Monseñor que, por otra parte, jamás quiso guardarlas para sí porque le urgía comunicarlas para que todos, aun los más humildes, se beneficiaran con la luz divina que alumbra y no ciega, con el fuego arcano que penetra y abraza el corazón.

"Maestro" es también un vocablo común que por allá en los siglos medios se aplicaba a los misteriosos arquitectos embebidos en el ideal de la piedra que canta, gime y ora, de los sillares ingentes que reniegan de su mole y pesadumbre para mudarse en flechas voladoras enderezadas a los cielos, en agujas delgadas que acaban rivalizando en sutileza con el aire, en encajes tan múltiples como los arabescos que hacen y deshacen las nubes. . .

Y como estos “maestros”, ajenos por definición a todo interés personal y más cuidadosos del imperio que sus pensares y ejemplos habían de tener en las generaciones por venir, que de su propio recuerdo onomástico en la mente de los eruditos, como esos maestros fue Monseñor Rafael María Carrasquilla, ávido también de obrar transformaciones, mas no en los materiales intereses con que se labra el templo manufacto, sino en las facultades y potencias vivas de los discípulos y oyentes, potencias —digo— cuyo ensamble y afinamiento contribuyen a formar el hombre cabal, tantas veces apellidado “templo” por la verdad divina.

Muchas veces, al pasar delante del Aula donde tradicionalmente enseñó Metafísica Monseñor Carrasquilla o al representarme las multitudes heterogéneas que se apiñaban en las iglesias para oírle, he revivido o imaginado la inevitable escena en que el Maestro luchaba por *vencer* la deficiencia mental, el prejuicio tenaz, la terquedad inmóvil de algún oyente reacio, o simplemente las dificultades inherentes al estudio de lo trascendental. Y otras tantas veces he visto, como símbolo de esta labor fecunda, al arquitecto antiguo que iba presidiendo la acumulación y distribución de las masas de piedra sin desbaratar aún, pero ya cortadas, pulidas y bruñidas en la mente del maestro de obras, ya encajadas por él en la estructura ideal que quizá tardará mucho en adquirir realidad tangible, y ya dignificadas por la semblanza bella que el maestro ve y acaricia en su mente creadora, y que todavía no ha sido emancipada de la tosquedad y rudeza lapídeas a golpes de cincel inteligente.

No de otra suerte vería en torno suyo el maestro de hombres la turba de oyentes, más diversos entre sí por las dotes y calidades del ánimo, de la índole y de la mente, que por las apariencias corporales. Y no faltará quien se aflija pensando que no caben allí las esperanzas y prometimientos de la cultura genuina, pero el Maestro auténtico se regocijará pensando en que los breves destellos que logra arrancar a poder de la enseñanza, presagian una simiente crecedera cuyos frutos robustecerá el pro-común.

Y de estos fue el Maestro genial, Monseñor Rafael María Carrasquilla, cuyo panegírico vais a escuchar de labios autorizadísimos, y a quien celebraremos siempre como prototipo del sabio justo y bueno que ama lo que inculca, que cree apasionadamente en la verdad y en la bondad de lo que enseña, y que tiene confianza, allegada a certidumbre, en que sus discípulos u oyentes son capaces de recibir toda iluminación, de abrazarse con la rectitud que se les propone noblemente, y de ser, en suma, eso que dijo la sabiduría de los antiguos: escultores de su alma y señores de sí mismos.

Monseñor Rafael María Carrasquilla, el Hombre de Fe

Por Monseñor JOSE EUSEBIO RICAURTE

Los grandes monumentos se ven mejor de lejos, pues cuando uno está cerca no puede percibir sino algún detalle. Así sucede con los grandes hombres: necesitan la distancia del tiempo para que se comprendan sus obras, se vea la magnitud de sus empresas y se conozcan la eficacia de sus ideas y la fecundidad de sus esfuerzos. Quisimos entrañablemente a Monseñor Carrasquilla, nos causaban sus palabras una emoción profunda y se imprimían en nuestros corazones sus consejos pero sentíamos tan grande su genio, tan desmesurada su erudición, tan excelsa la majestad de sus modales que fue necesario que pasaran los días para comprender la eficacia de su labor educadora, y como le aconteció a él lo que a los genios, que son como el sol que no se contenta con brillar sino que hace fulgurar a los planetas, así él brilla hoy en la gloria de sus discípulos.

Pero para hablar de él me faltan capacidades para juzgarlo. Y me falta la serenidad, porque él fue la luz de mi alma; porque de sus labios recibí las enseñanzas teóricas y prácticas que han conformado mi vida sacerdotal; porque él fue quien me llevó al seminario, en días en que yo, convencido hasta la evidencia de que Dios me llamaba al sacerdocio y que ésa y no otra era mi vocación, él me la confirmó y me ayudó a salvar las dificultades que naturalmente tenían que presentarse. El me entusiasmó en los estudios clásicos, tanto en las humanidades, como en las aficiones filosóficas, y en la ciencia de Dios. Fue mi maestro, porque su enseñanza está en mi alma más viva que la de los otros profesores que oí, ninguno comparable a él en la claridad y en el don de persuasión (y muchos y muy ilustres escuché aquí y en las cátedras de Roma). El fortificó mi alma. El me infundió el